



# Tess Gerritsen

**DIME LA VERDAD**

Dos homicidios sin aparente relación tienen más en común que el simple hecho de que los investiguen la inspectora de Boston Jane Rizzoli y la forense Maura Isles. En ambos casos, los cadáveres presentan heridas espantosas, pero se desconoce la causa real de la muerte. Un doble desafío que se presenta en un momento inoportuno para ambas.

Mientras Jane se esfuerza por salvar a su madre de un matrimonio fracasado que amenaza con enterrarla, Maura se enfrenta a la muerte inminente de la suya, la infame asesina en serie Amalthea Lank. Esta, aun siendo víctima de un cáncer terminal, todavía disfruta manipulando a su hija y le facilita una pista críptica sobre los dos extraños asesinatos que Maura y Jane intentan resolver.

Pero, sepa lo que sepa la convicta moribunda, no es más que una pieza del rompecabezas. La investigación no tarda en conducirlos a una joven superviviente de un tremendo escándalo de abusos, a una película de terror independiente que podría estar inspirada en hechos reales y a un montón de mártires que sufrieron muertes crueles e inusuales. Y justo cuando Rizzoli e Isles creen haber acorralado a un diabólico depredador, un pasado enterrado hace tiempo asomaba la cabeza y amenaza con devorar a más inocentes, incluidas ellas mismas.

# Índice de contenido

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Agradecimientos

Sobre la autora

*A la divina Margaret Ruley*

## 1

A los siete años, aprendí la importancia de llorar en los funerales. Ese día de verano en concreto, el que iba en la caja era mi tío abuelo Orson, recordado por el tufo de sus puros, por su halitosis y por el descaro con que se peía. En vida me había hecho muy poco caso, como yo a él, con lo que su muerte no me había afectado en absoluto. No entendía por qué debía asistir a su funeral, pero eso no es algo que te permitan decidir con siete años. Así que ese día estaba retorciéndome en un banco de la iglesia, aburrída y sudando mi vestidito negro, preguntándome por qué no me habían dejado quedarme en casa con papá, que se había negado a acompañarnos arguyendo que no quería ser tan hipócrita de fingirse triste por la muerte de un hombre al que detestaba. Yo no sabía lo que significaba *hipócrita*, pero sabía que yo tampoco quería serlo. Sin embargo, allí estaba, estrujada entre mi madre y mi tía Sylvia, obligada a escuchar los elogios vacíos de un eterno desfile de personas sobre el mediocre tío Orson. «¡Un hombre orgulloso de su autonomía!». «¡Lo apasionaban sus pasatiempos!». «¡Cuánto le gustaba su colección de sellos!».

Nadie hablaba de lo que le apestaba el aliento.

Durante aquel funeral interminable, me entretuve estudiando las cabezas de los que teníamos sentados delante. Vi que tía Donna llevaba el sombrero espolvoreado de cascara y que tío Charlie se había quedado traspuesto y se le había ladeado el bisoñé, que parecía una rata parda intentando treparle por la sien. Hice lo que habría hecho cualquier niña de mi edad.

Solté una carcajada.

La reacción fue inmediata. Se volvieron a mirarme, ceñudos. Mi madre, muerta de vergüenza, me clavó en el brazo cinco uñas bien afiladas y espetó furiosa:

—¡Para ya!

—¡Es que se le ha caído el bisoñé y parece una rata!

Me hincó aún más las uñas.

—Ya hablaremos de eso luego, Holly.

Al llegar a casa no hablamos de nada. Me gritó y me soltó un bofetón, y así aprendí cómo debía portarme en un funeral. Aprendí que hay que estar triste y callado y que, a veces, hasta hay que llorar.

Cuatro años después, en el funeral de mi madre, me esforcé por derramar abundantes lágrimas, porque eso era lo que todos esperaban de mí.

En cambio, hoy, en el de Sarah Basterash, no sé si alguien espera que llore. Hacía más de diez años que no veía a esa chica, a la que conocí en el colegio como Sarah Byrne. Nunca fuimos íntimas, con lo que no puedo decir que lamente su pérdida. De hecho, solo he venido a Newport por curiosidad. Quiero saber cómo ha muerto. Necesito saberlo. «Qué horrible tragedia» es lo que murmuran todos los que me rodean en la iglesia. Su marido estaba de viaje, Sarah había bebido y se quedó dormida con una vela encendida en la mesilla. El incendio que la mató fue un accidente. O eso dicen todos.

Eso es lo que quiero creer.

La pequeña iglesia de Newport está hasta arriba, repleta de amigos que Sarah hizo durante su corta existencia, a muchos de los cuales no conozco. Tampoco conocía a su marido, Kevin, que en circunstancias más felices me habría parecido un hombre bastante atractivo, alguien a quien podría haber intentado conquistar, pero al que hoy veo destrozado. ¿Es eso lo que te hace el dolor?

Me vuelvo a inspeccionar el templo y veo a una antigua compañera de instituto, Kathy, detrás de mí, con la cara lle-

na de churros y el rímel corrido de llorar. Lloran casi todas las mujeres y muchos de los hombres, porque una soprano está cantando ese viejo himno cuáquero, *Simple Gifts*, que, por lo visto, siempre hace llorar. Kathy y yo nos miramos a los ojos un instante: los suyos, inundados de lágrimas; los míos, fríos y secos. He cambiado tanto desde el instituto que dudo que me reconozca, pero parece hipnotizada, como el que ve un fantasma.

Miro de nuevo al frente.

Cuando acaba *Simple Gifts*, también yo he conseguido llorar, como los demás.

Me incorporo a la larga fila de personas que quieren dar el pésame a la familia y, al pasar por delante de la caja abierta, contemplo la fotografía de Sarah, expuesta en un caballete. Solo tenía veintiséis años, cuatro menos que yo, y en la foto se la ve cándida, con un rubor en las mejillas y sonriente, la misma rubia guapa que recuerdo de nuestra época escolar, cuando yo era esa niña en la que nadie se fijaba, ese ser invisible que las rondaba. Y aquí estoy, con la piel aún rebosante de vida mientras Sarah, la menuda y bella Sarah, no es más que un puñado de huesos carbonizados en una caja. Estoy convencida de que eso es lo que piensan todos cuando miran la imagen de Sarah antes del incendio: ven el rostro sonriente de la foto e imaginan la carne calcinada y el cráneo ennegrecido.

Avanza la fila y ofrezco mis condolencias a Kevin.

—Gracias por venir —me susurra.

No tiene ni idea de quién soy ni sabe de qué conocía a Sarah, pero me ve las mejillas manchadas de lágrimas y me coge la mano con fuerza, agradecido. He llorado por su esposa muerta y con eso basta para pasar el filtro.

Salgo discretamente de la iglesia al frío viento de noviembre y me alejo a buen ritmo porque no quiero que Kathy ni ningún otro conocido de mi infancia termine abordándome. He conseguido evitarlos a todos durante años.

O quizá me evitaban ellos a mí.



Solo son las dos de la tarde y, aunque mi jefe de Booksmart Media me ha dado el día libre, me planteo volver a la oficina y ponerme al día con el correo y las llamadas. Soy la publicista de una decena de autores y debo programar sus apariciones en los medios, enviar las galeradas y escribir cartas de presentación. Pero antes de volver a Boston, quiero hacer otra parada.

Voy a casa de Sarah, o lo que antes era su casa. Ahora ya no es más que un montón de restos calcinados, maderas carbonizadas y ladrillos manchados de hollín. La cerca de madera blanca que rodeaba el jardín está rota y aplastada, destrozada por los bomberos al arrastrar las mangueras y las escaleras desde la calle. Cuando llegaron, la casa ya debía de ser un infierno.

Bajo del coche y me acerco a las ruinas. El aire aún huele mucho a humo. Plantada en la acera, todavía distingo el destello de un frigorífico de acero inoxidable enterrado en medio de ese estropicio renegrido. Con solo un vistazo al vecindario, ya sé que debía de ser una casa cara, y me pregunto a qué se dedicará el marido de Sarah o si será de familia pudiente. Una ventaja que yo, desde luego, no he tenido.

Una ráfaga de viento me enrosca las hojas secas en los pies y su crujido me trae a la memoria otro día de otoño, hace veinte años, cuando yo tenía diez y deambulaba por el bosque pisoteando la hojarasca. Ese día aún ensombrece mi vida y es la razón de mi presencia aquí hoy.

Contemplo el homenaje improvisado en honor a Sarah. La gente ha ido llevando ramos de flores y veo un montículo de rosas, lirios y claveles marchitos, tributos florales a una joven visiblemente querida. De pronto me fijo en una planta que no forma parte de ningún ramo y que alguien ha dejado sobre las otras, como con prisa.

Es una hoja de palma, símbolo de martirio.

Siento un escalofrío y me retiro. Por encima del palpitar de mi corazón, oigo que se acerca un vehículo y, al volver-

me, veo un coche de la policía de Newport que aminora la marcha hasta casi detenerse. Como lleva las ventanillas subidas, no le veo la cara al agente, pero sé que me está haciendo la ficha al pasar. Me voy y me refugio en mi coche.

Me quedo allí sentada un rato, esperando a que me bajen las pulsaciones y dejen de temblarme las manos. Vuelvo a mirar las ruinas de la casa y recuerdo de nuevo el rostro de Sarah a los seis años. La hermosa y menuda Sarah Byrne dando botes en el asiento del autobús escolar, delante de mí. Esa tarde íbamos cinco en el autobús.

Ya solo quedamos cuatro.

—Adiós, Sarah —susurro; arranco el coche y vuelvo a Boston.

## 2

Hasta los monstruos eran normales.

La mujer tendida al otro lado del ventanal podía parecer tan humana como cualquiera de los pacientes de aquella UCI, pero la doctora Maura Isles sabía que Amalthea Lank era un monstruo. En el interior de aquel cubículo se encontraba la criatura que le había producido pesadillas, que había ensombrecido su pasado y cuyo rostro presagiaba el futuro de Maura.

«Esa es mi madre».

—Sabíamos que la señora Lank tenía una hija, pero no que vivía tan cerca, en Boston —dijo el doctor Wang.

¿Detectaba en su voz una pizca de censura? ¿Acaso desaprobaba que hubiera descuidado sus obligaciones filiales y no se hubiera presentado antes junto al lecho de muerte de su progenitora?

—Es mi madre biológica —dijo Maura—, pero yo no era más que un bebé cuando me dio en adopción. Supe de su existencia hace solo unos años.

—¿Se llegaron a conocer?

—Sí, pero no hemos hablado desde... —se interrumpió. «Desde que juré que no volvería a tener nada que ver con ella»—. No he sabido que estaba en la UCI hasta que me ha llamado la enfermera esta tarde.

—Ingresó hace dos días, cuando empezó a tener fiebre y le bajó en picado el recuento de glóbulos blancos.

—¿En cuánto lo tiene ahora?

—Los neutrófilos, que son un tipo específico de glóbulos blancos, los tiene solo en quinientos. Debería tener el

triple.

—Habrán iniciado un tratamiento antibiótico empírico...

—Lo vio parpadear sorprendido y dijo—: Perdone, doctor Wang, debería haberle comentado que soy médico. Trabajo en la oficina del forense.

—Ah, no lo sabía. —Se aclaró la garganta y pasó a utilizar un lenguaje bastante más técnico que los dos, como médicos, entendían—. Sí, comenzamos el tratamiento antibiótico en cuanto extrajimos los hemocultivos. Aproximadamente un cinco por ciento de los pacientes sometidos a la misma quimioterapia que ella sufren neutropenia febril.

—¿Qué quimio está haciendo?

—Folfirinox. Es una combinación de cuatro medicamentos, que incluyen fluorouracilo y leucovorina. Según un estudio francés, el Folfirinox prolonga definitivamente la vida de los pacientes con cáncer de páncreas metastásico, pero hay que vigilar de cerca los episodios de fiebre. Por suerte, la enfermera de la prisión de Framingham estaba al tanto de eso. —Hizo una pausa para buscar el modo de hacerle una pregunta delicada—. Espero que no le moleste que le pregunte esto...

—¿Sí...?

Apartó la mirada, visiblemente incómodo con el asunto que estaba a punto de abordar. Era mucho más fácil hablar de recuentos de células sanguíneas, tratamientos antibióticos y datos científicos, porque los hechos no eran ni malos ni buenos, no eran susceptibles de juicio.

—En el historial médico de su madre no se menciona por qué está en prisión. Solo nos han dicho que la señora Lank cumple cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. El guardia que se encarga de vigilarla insiste en que la tengamos siempre esposada a la barandilla de la cama y a mí eso me parece una barbaridad.

—Ese es su protocolo para presos hospitalizados.

—Se está muriendo de cáncer de páncreas y su fragilidad es manifiesta. No va a saltar de la cama y va a echar a

correr. Pero el guardia nos ha dicho que es más peligrosa de lo que parece.

—Lo es —confirmó Maura.

—¿Por qué la metieron en la cárcel?

—Homicidios. Múltiples.

Miró a Amalthea por el ventanal.

—¿Esa señora?

—Ahora entenderá por qué va esposada. Y por qué hay un guardia a la puerta de su cubículo —añadió Maura, mirando de reojo al agente uniformado sentado junto a la puerta, supervisando la conversación.

—Lo siento —dijo el doctor Wang—. Debe de ser difícil para usted saber que su madre...

—¿Es una asesina? Sí. —«Y no sabe lo peor. No sabe lo del resto de la familia».

Por el ventanal del cubículo, Maura la vio abrir despacio los ojos. Con un dedo huesudo la invitó a acercarse, un gesto tan espeluznante como si viniera del mismísimo Satanás. «Debería dar media vuelta y largarme», se dijo. Amalthea no merecía la compasión ni la bondad de nadie. Pero Maura tenía un vínculo estrecho con aquella mujer, el de las moléculas que la componían. Aunque solo fuera por ADN, Amalthea Lank era su madre.

El guardia observó atentamente a Maura mientras se ponía una bata y una mascarilla protectoras. No sería una visita privada: aquel hombre estudiaría todas sus miradas, sus gestos, y los chismorreos volarían inevitablemente por todo el hospital. La doctora Maura Isles, la forense de Boston que había abierto con su bisturí incontables cadáveres, que seguía siempre de cerca el rastro de la Parca, era hija de una asesina en serie. La muerte era cosa de familia.

Amalthea miró a Maura con unos ojos negros como cuentas de obsidiana. El oxígeno silbaba suavemente por la cánula nasal y en el monitor que había por encima de la cama un pitido acompañaba a la gráfica de constantes cardio-

respiratorias, prueba de que hasta alguien tan desalmado con Amalthea tenía corazón.

—Al final has venido a verme —le susurró—, aunque juraste que no lo harías.

—Me han dicho que te encontrabas en estado crítico. Quizá esta sea nuestra última oportunidad de hablar y quería verte mientras aún me fuera posible.

—¿Porque necesitas algo de mí?

Maura meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Qué iba a querer yo de ti?

—Así es como funciona el mundo, Maura. Todas las criaturas sensatas buscan una ventaja. Todo lo hacemos por interés.

—Será así para ti, no para mí.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque te estás muriendo. Porque no paras de escribirme pidiéndome que venga. Porque quiero pensar que puedo ser compasiva.

—Algo que yo no soy.

—¿Por qué crees que estás esposada a esa cama?

Amalthea hizo una mueca y cerró los ojos, apretando de pronto la boca.

—Supongo que me lo merezco —masculló.

Le brillaba el sudor en el labio y se quedó un instante muy quieta, como si cualquier esfuerzo, incluso el respirar, le resultara insoportable. La última vez que la había visto, tenía una buena mata de pelo moreno salpicado de abundantes canas. Ahora ya solo le cubrían la cabeza unas peluillas, supervivientes de un ciclo brutal de quimioterapia. Se le habían consumido las sienes y la piel le colgaba como una tienda de campaña desplomada sobre los huesos prominentes de su rostro.

—Parece que tienes dolor. ¿Necesitas morfina? —le preguntó Maura—. Voy a llamar a la enfermera.

—No. —Amalthea soltó despacio el aire—. Aún no. Quiero estar despierta para hablar contigo.

—¿De qué?

—De ti, Maura. De quién eres.

—Ya sé quién soy.

—¿Eso crees? —le dijo Amalthea con una mirada oscura e insondable—. Eres hija mía, eso no lo puedes negar.

—Pero no me parezco en nada a ti.

—¿Porque te criaron los bondadosos y respetables Isles de San Francisco? ¿Porque fuiste a los mejores colegios y tuviste una educación exquisita? ¿Porque trabajas en nombre de la verdad y de la justicia?

—Porque yo no he masacrado a una docena de mujeres. ¿O fueron más? ¿Ha habido otras víctimas que no consten en tu historial?

—Todo eso es pasado. Yo quiero hablar del futuro.

—¿Qué más te da? No vas a estar aquí.

Fue una crueldad decirle eso, pero Maura no estaba de humor para caridades. De pronto se sentía manipulada, como una marioneta, arrastrada hasta allí por una mujer que sabía bien de qué hilos tirar. Amalthea llevaba meses mandándole cartas. «Me muero de cáncer. Soy tu único pariente consanguíneo. Esta será tu última oportunidad de despedirte». Pocas palabras pesaban más que «última oportunidad». Si la dejaba escapar, se enfrentaría a toda una vida de remordimientos.

—Sí, estaré muerta —replicó Amalthea con naturalidad—. Y tú te quedarás sin saber quién es tu gente.

—¿«Mi gente»? —rio Maura—. ¡Ni que fuéramos una tribu!

—Lo somos. Perteneceemos a una tribu que vive de los muertos. Lo hicimos tu padre y yo. Lo hizo tu hermano. ¿Y no es curioso que también lo hagas tú? Piénsalo, Maura: ¿por qué elegiste esa profesión tan peculiar? ¿Por qué no eres profesora o empleada de banca? ¿Qué te lleva a des-tripar cadáveres?

—Es por la ciencia. Quiero entender las causas de su muerte.